

4-30-2011

No hay regreso

Gloria Hernández

María Adela Hernández

Salvador Mendiola

Follow this and additional works at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur>



Part of the [Latin American Languages and Societies Commons](#)

Recommended Citation

Hernández, Gloria; María Adela Hernández; and Salvador Mendiola. 2011. No hay regreso. *Revista Surco Sur*, Vol. 2: Iss. 3, 31-33.

DOI: <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.2.3.9>

Available at: <https://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol2/iss3/11>

This HONRAR, HONRA is brought to you for free and open access by the Open Access Journals at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact scholarcommons@usf.edu.

*Gloria Hernández,
María Adela Hernández
y Salvador Mendiola*

NO HAY REGRESO

Tengo fama de Puck, de duendecillo irónico, de clown y ya ves, lector, en esta dulce mañana festival de San Felipe, parezco una persona seria, grave, que camina envuelta en un hondo recogimiento y trata de averiguar un pequeño secreto de esta calle y aspira el aire sutil que la recorre.¹

Aunque desde muy joven manifestó inquietudes literarias, Simón Otaola (1907-1980) no comenzó a escribir y publicar textos sino hasta que se encontró exiliado en México. Esta nueva condición existencial fue lo que le empujó a convertir en realidad su deseo de escribir humorismo, algo que ocurrió cuando ya contaba con más de treinta años de vida. Todo indica que él empezó a publicar y producir revistas literarias desde que llegó a vivir en el pueblo de San Felipe Torresmochas, en el estado de Guanajuato. Luego, cuando se vino a vivir en la ciudad de México, a mediados de los años cuarenta del siglo pasado, buscó de inmediato el modo de integrarse con sus compañeros de exilio a una tertulia literaria como las del Madrid de su juventud; por tal motivo formó parte decisiva del Aquelarre, que se reunía en el restaurante El Horreo, una aventura cultural que llegó a editar su propia colección de libros.

La primera recepción de la obra escrita de este autor excepcional y efectivamente subterráneo, lo caracteriza como un cronista del exilio español², que encontró asilo y refugio en México tras la derrota de la República en la guerra civil de 1936-1939. Un exilio que ha resultado trascendental para la historia de la sociocultura hispanoamericana en general, pues aportó valiosa sabiduría

española, errante por todos los países y culturas de nuestro continente; pero de un modo muy especial en México, por ser el país que les dio asilo y refugio abiertos desde el final de esa terrible guerra. De tal manera es como la obra entera de Otaola integra un gran relato, retablo o maquinaria textual sobre la condición del exilio y muy en concreto la de esos “refugiados” españoles que llegaron a vivir en ese México. Los que todos los años esperaban poder cenar el pavo de navidad ya de regreso en su España perdida, la España que en realidad nunca recuperaron, la que se perdió con esa guerra nefasta; pues, en definitiva, la gran mayoría se transfirió por completo y devino hispanoamericana, sin tener mucho que ir a buscar del otro lado del Atlántico. Un exilio que supo aprender el no regreso. Tema decisivo en el sentido filosófico de lo escrito por este vasco madrileño que muy bien supo reconocer el no regreso, la imposibilidad de ver, volver o regresar lo en verdad perdido con la derrota en esa guerra. Un saber que, a él, le hizo pasar rápida y lúcidamente de ser un duro comunista idealista, comisario de partido en la guerra, a poder ser por



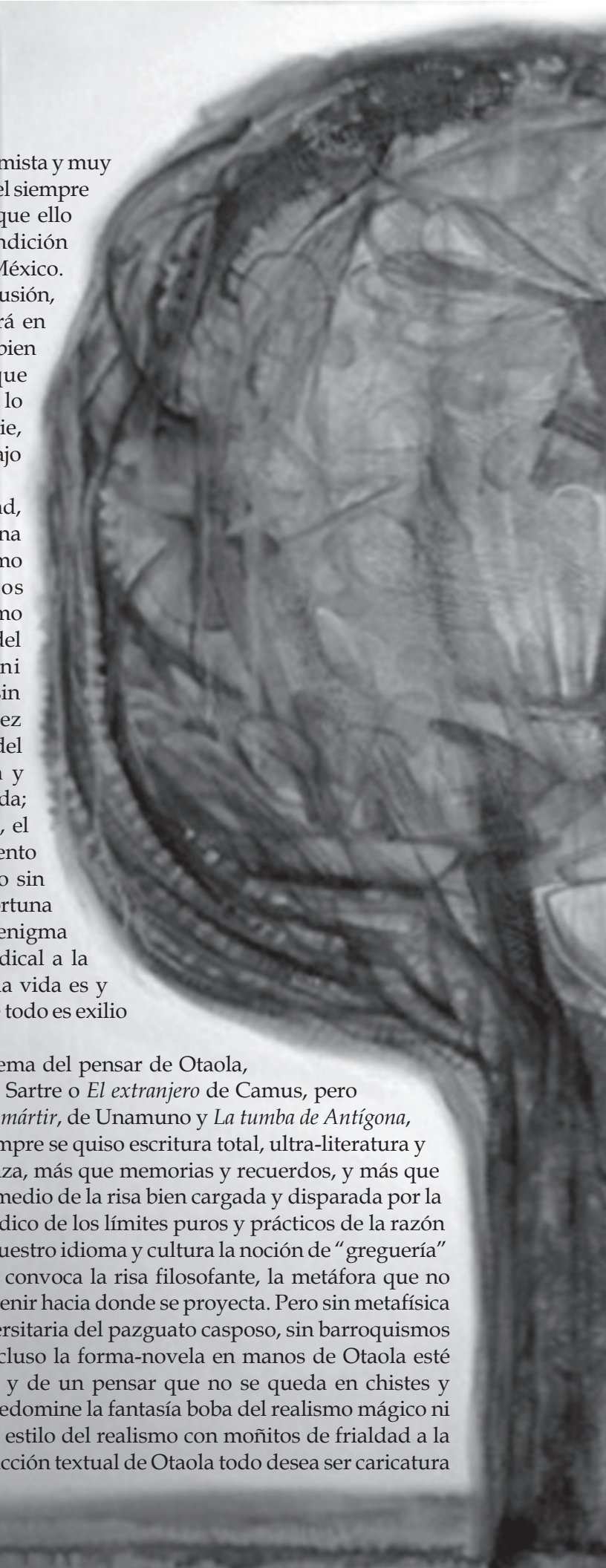
José Murani, *Paintings 2*

HONRAR, HONRA

voluntad un sonriente duendecillo o zagalejo pesimista y muy escéptico; un paso decisivo en todos los sentidos del siempre breve, demasiado breve, existir humano, dado que ello fue lo que le hizo asumir por completo su condición diferente como escritor español refugiado en México. Reconocer que nada encuentra el equilibrio de la ilusión, que no es verdad que el mal hecho se convertirá en bien rehecho, reconocer que no hay mal que por bien no venga, sino todo lo contrario, reconocer que siempre el ser humano se encuentra en medio de lo peor y que la muerte no es un descanso para nadie, porque del otro lado no hay nada de nada, ni trabajo ni descanso, sólo muerte y olvido.

Su elección del humorismo, fundada, es verdad, en una gran admiración por la escritura y persona de Ramón Gómez de la Serna, también tuvo, como es de suponer, más profundos fundamentos filosóficos, que lo sitúan tan cerca de Séneca como de María Zambrano. El humorismo es la filosofía del realismo total, del realismo sin titubeos ni miramientos; la filosofía de toda la verdad y ya, sin más, su tía. Porque si nada tiene sentido una vez considerado en medio de la eternidad inmutable del cosmos, todo enunciado debe iniciar la sabia y correcta suspensión del juicio con una sana carcajada; de otra forma, mejor el suicidio, la bella muerte, el nunca dudar sobre el absurdo. Que es el fundamento o valor esencial de todas las obras de este vasco sin tierra, que bien supo adecuarse al capricho de la fortuna y devino gachupín en México, o sea, un gran enigma risueño, un inmenso y serio texto de humor radical a la española en México. Saber que, sea donde sea, la vida es y será dura y pesada y que además no importa. Que todo es exilio del no-ser.

La novela *El cortejo* constituye la síntesis suprema del pensar de Otaola, un texto equivalente, ya entonces, a *La náusea* de Sartre o *El extranjero* de Camus, pero enmarcado en la grandeza del *San Manuel Bueno, mártir*, de Unamuno y *La tumba de Antígona*, de Zambrano. Un pensar realista español que siempre se quiso escritura total, ultra-literatura y meta-periodismo, más que historia y remembranza, más que memorias y recuerdos, y más que siempre un gran motivo para la iluminación por medio de la risa bien cargada y disparada por la fuerza sobrehumana de la ironía y el desborde lúdico de los límites puros y prácticos de la razón cartesiano-kantiana, tal como nos lo propone en nuestro idioma y cultura la noción de “greguería” inscrita por Gómez de la Serna: el aforismo que convoca la risa filosofante, la metáfora que no regresa y nos obliga a buscar su sentido en el porvenir hacia donde se proyecta. Pero sin metafísica ni teología, sin catolicismo ni real academia universitaria del pazguato casposo, sin barroquismos huecos o conceptismos sin objeto; de allí que incluso la forma-novela en manos de Otaola esté cargada de realidad documental historiográfica y de un pensar que no se queda en chistes y chascarrillos, de allí que en toda su obra nunca predomine la fantasía boba del realismo mágico ni el alejamiento ilusorio de la invención literaria al estilo del realismo con moñitos de frialdad a la Truman Capote; en tanto que dentro de la construcción textual de Otaola todo desea ser caricatura



y caricatura de caricatura, es decir, un retrato del alma, pues el alma, la del ser y la del ente, siendo la nada que es, sólo ingresa al discurso humano por medio del realismo de la caricatura y el buen reír, ay, que es algo tan humano que parece no llegar a tener ni un alma de sombra que ponerse. Y sólo de eso nos hablan las obras del gran estilista que fue el pensador Otaola.

Un pensador de la vida como no regreso a ningún lugar, de la vida como la imposibilidad del regreso a donde sea, porque acá todo es ir de la nada a la muerte. Porque, ya sin ilusiones ni trampas, todo existir es puro exilio práctico, todo ser humano vivo es un migrante lejos de su tierra original, la nada, que sólo volverá a ser cierta con la muerte, que, lógico, es y será La Nada y ya, no hay más. Lo de en medio, lo de ahora, el instante breve e inútil de la vida, es una gran broma vuelta burda obra de teatro global, "La Catástrofe Tranquila" como le caracteriza él³. Entonces, la síntesis mínima o molécula esencial de su filosofía se encuentra en este enunciado:

"¿Emigración?... ¡Eso!: estrenar calvas y enterrar al muerto nuestro de cada día".⁴

Porque la verdad del ser y el ente, según Otaola, no es una verdad que el conocimiento humano pueda alcanzar a comprender, dado que todo, bien visto, es caos, y la verdad del caos es la muerte, que es no pensar ni saber la verdad de nada; y lo absurdo es la razón y la voluntad que le sigue, el ilógico sentido de nuestro existir como persona y sociedad humana; algo que siempre nos debe asombrar, afirma él, para que no nos engañen con que es esto y lo otro ya de una vez por todas y para quien quiera que sea; dado que ello, otra vez, para poder ser, tiene que ser la nada de la nada. Y así es como en *El cortejo*, un relato donde la fiesta del mundo de los vivos, un aniversario de bodas, y la fiesta del mundo de los muertos, el funeral de un personaje del exilio, se unen y separan y vibran como símbolos base del binario del eterno exilio humano, y donde todo es deseo de desear, deseo de seguir deseando, al final del cuento los personajes centrales se quedan quietos y callados en medio de la noche, como en el cine de Buñuel y Antonioni... y se quedan como que sintiendo que por un instante fugaz⁵ dieron todos juntos con la verdad definitiva: que nada de nada tiene sentido y que, sin embargo, estamos, seguimos estando, en el deseo de desear, de seguir deseando el deseo de desear... y así sucesivamente. Sin principio ni meta.

Citas:

1. Otaola, Simón. *Los tordos en el pirul*. Barcelona: Andorra, 1970, p. 78.
2. Arias Solís, Francisco. "La voz del cronista del exilio". En línea: <<http://www.articuloz.com/biografias-articulos/simon-otaola-1917034.html>>
3. Otaola, Simón. *Tiempo de recordar*. México: Grijalbo, 1978, pp. 356-361.
4. _____. *La Librería de Arana. Historia o fantasía*. México: Aquelarre, 1952, p. 381.
5. _____. *El cortejo*. México: Joaquín Mortiz, 1963, p. 365.